

SERGIO VILLEGAS

EL ESTADIO

once de septiembre en el país del edén



Arde el cine chileno

MARCEL LLONA: A Chile Films vimos llegar a los militares el mismo día del golpe a la una de la tarde. Eran diez soldados al mando del capitán Carvallo. Pertenecían a la Escuela de Alta Montaña de San Felipe y llegaron en un camión blindado. Tres se quedaron afuera, en la puerta, vigilando, mientras el resto procedía al allanamiento.

Preguntaron por la llave. La tenía yo. El capitán me preguntó por qué estaba en mi poder y yo inventé no recuerdo qué cosa.

Primera acción: ametrallamiento de la caja de fondos, destrucción de toda la propaganda mural, incautación de cuanto papel o archivo (especialmente de contabilidad) se encontró. Los papeles fueron trasladados en grandes atados al camión.

Al mismo tiempo comenzaban los interrogatorios para saber de Coco Paredes, jefe de Chile Films, y del "lugar donde se esconden las armas". Quedaron detenidos de inmediato dos periodistas y el portero Joel Palma.

La visita tenía otro objetivo primordial: la destrucción de toda película que oliera a izquierdismo o progresismo. Se hizo una pira en el patio. Allí, por espacio de tres días estuvieron quemando todos los noticiarios desde el año 45 adelante. También otros más antiguos, documentales de la represión de González Videla, los cortos del "tancazo", todo lo que se había filmado sobre la nacionalización del cobre y la visita de Fidel Castro a Chile. Ardieron también algunas piezas históricas, como los funerales de Recabarren, una reliquia en 16 milímetros que se había encontrado recientemente en un desván, revuelta con cosas viejas, en una casa de Antofagasta.

El capitán Carvallo no entendía demasiado de cine, de modo que había muchos títulos que le merecían dudas. En esos casos, simplemente procedía. Y así fueron a dar al fuego los negativos de casi todo el cine chileno de ficción: *Los Húsares de la Muerte*, de Pedro Sienna, un romántico de capa y espada; *El Padre Pitillo*, de Lucho Córdoba, el cómico; *La casa está vacía*, *Recordando* y otras de mayor o menor

calidad, pero partes todas de la historia de nuestra cinematografía.

El jefe de compaginación Carlos Piaggio fue obligado a mostrar en la moviola algunos materiales que al capitán le parecían especialmente sospechosos. Incontables películas polacas, checas, cubanas, francesas, italianas, soviéticas e inglesas que estaban listas para su distribución (Chile Films era distribuidora) fueron a la pira también.

Mientras los soldados “trabajaban”, el personal de la empresa era mantenido bajo estricta custodia. La gente se pasó seis horas con las manos en la pared el primer día. No había posibilidad ni de tomarse una taza de café.

El allanamiento fue sin piedad. Entraron rompiendo la puerta con el camión blindado y prácticamente destruyeron el laboratorio buscando armas. Era un laboratorio nuevo traído al país por Patricio Kaulen entre 1968 y 1970, francés, marca Debré. Se estaba construyendo un edificio nuevo para instalarlo. Era tan bueno que mucha gente lo consideraba el mejor laboratorio en colores de América Latina. No quedó nada en pie. Los soldados buscaban armas destruyendo, destapando cosas a patadas o rompiéndolas con la bayoneta. No tenían tiempo para cortesías.

La pérdida de película virgen todavía me produce escalofríos. Cuando el capitán Carvalho vio los tambores, preguntó: “¿Qué es eso?”. “Película virgen”, le respondieron. Tomó el primer tambor y lo agitó poniendo el oído. “Aquí puede perfectamente haber armas”, insinuó. Le explicaron que si lo abría se perdería irremediablemente el material. Bastó esto para que se pusiera de inmediato a la tarea. Era impresionante ver cómo saltaban los rollos de las latas. Hubo un momento en que la sala estaba llena de ellos.

Aquel mismo 11 de septiembre hubo en Chile Films, por orden de la patrulla que nos visitaba, 227 cesantes, 227 personas sin trabajo, comprendiendo un personal que iba de acomodadores de cine hasta gerentes.

Se produjo una situación peligrosa cuando los soldados, buscando armas, entraron a la sección utilería y encontraron allí un montón de culatas. Se hicieron dramáticos esfuerzos para explicarle al capitán Carvalho que eran culatas para unos fusiles de madera que se emplearían en la película *Manuel Rodríguez*. Evidentemente eran culatas de utilería y allí estaba el tranquilo maestro que las había confeccionado, pero el oficial dio el asunto por sospechoso, anotó los detalles y los pasó al

Servicio de Información Militar, al SIM, para una investigación más a fondo.

Llegan en helicóptero al liceo

ROLANDO: El día en que se reanudaron las clases en la educación secundaria, las fuerzas militares llegaron al Liceo Manuel de Salas en tres jeeps y un helicóptero. Los soldados bajaron metralleta en mano y ordenaron reunirse en el patio a profesores y alumnos. El oficial que comandaba el contingente hizo uso de la palabra. Dijo en la parte más relevante de su alocución algo así como:

“Entiéndase, comienza aquí una nueva era. Las cosas no volverán a ser como antes. Por lo tanto, instamos a los alumnos a que denuncien a los profesores que tengan desviaciones marxistas”.

Explicó que las clases se harían en lo sucesivo (o al menos con frecuencia) con un soldado al fondo de la sala. El objetivo era impedir cualquier descarriamiento hacia la izquierda.

Acto seguido se procedió a hacer un montón con todas las agendas escolares y se les prendió fuego. Los alumnos y los profesores miraban con desconcierto. Las agendas son libretas en que los profesores envían comunicaciones a los padres, informaciones sobre la conducta de los niños o recomendaciones para que los hagan cortarse el pelo o pongan atención a determinadas tareas. Yo, en ese momento, no podía entender.

Al tercer día, los soldados volvieron en un bus y se llevaron a treinta profesores detenidos. Hubo previamente otra alocución. Un oficial o suboficial habló contra el marxismo, explicó que se llevarían a varios maestros porque tenían que preguntarles ciertas “cosillas” en cierto “lugarcillo”. Profesores y alumnos escuchaban helados. El militar trataba de ser gracioso, pero todos sabían que ésas eran alusiones a los famosos interrogatorios y a los lugares donde se tortura o se mata a los detenidos.

De los treinta profesores, veinte fueron puestos en libertad después del interrogatorio. Los otros diez ingresaron al Estadio Nacional y nadie sabe qué suerte corrieron allí.

Mi hijo llegó a la casa sorprendido después de la primera visita militar, recuerdo. No podía comprender qué había de delictuoso y de terrible en la pequeña agenda que llevaba y traía todos los días en su bolsón y que siempre consideró simplemente un nexo entre sus papás y el profesor.